

---

## NO LES HABLÉ DE DIOS

Normand Beaudoin

En esta vieja y cada vez más despoblada cristiandad occidental del siglo XXI muchos cristianos se desesperan por la falta de renovación entre los fieles. ¿Hemos fracasado en la transmisión de los valores y de la "fe cristiana"? ¿Hemos tirado el "depósito" de la fe a la basura? A pesar de mis estudios teológicos y de haber formado en la fe a estudiantes de un colegio de secundaria durante muchos años, he hablado muy poco de Dios a mis hijos. No recé con ellos cuando iba a arroparles por la noche. Nunca les sugerí que invocaran la "ayuda" divina o la "amistad de Jesús" en los momentos difíciles de sus años juveniles. Además, es cierto que me han oído criticar e incluso ridiculizar ciertas formas de ser cristiano debido a haber descubierto que es posible compaginar una vida de razón y de religión. Mis hijos han podido comprender que creer no es lo mismo que ser crédulo pero ¿por qué no pude vivir abiertamente mi camino espiritual y dejarme ver por ellos?

Aunque quise que fueran bautizados (bastante tarde, a los 7-8 años) y que recibieran los sacramentos de iniciación (comunión y confesión) como sus compañeros de clase, no inicié con ellos un diálogo con el "Padre celeste", "el amigo Jesús" o "María, nuestra madre"... Es verdad que el agnosticismo de su madre tuvo algo que ver pero pesó más mi propio malestar con el lenguaje y las representaciones imaginarias ajenas a mi propia fe en Dios.

Durante su infancia, solían acompañarme a la misa dominical pero ya antes de terminar sus estudios de primaria, hicieron uso de su libertad y abandonaron definitivamente esta celebración semanal.

No busqué, realmente, las palabras mejor adaptadas para presentar el Evangelio de Jesús de Nazaret. De hecho, ¿existen tales palabras? Ingenuamente quizá, me fié de mi testimonio personal y silencioso. Pensé que las cuestiones existenciales y sus búsquedas personales en

una sociedad post-cristiana los abrirían a la plenitud de sentido que el hombre de Nazaret no deja de proponer a través de los muchos testigos que viven de Él, tanto en el presente como en el pasado.

Además, temía de veras influir demasiado en sus conciencias. ¿No se sentirían aplastados por la gran cantidad de información, reflexiones, argumentos, ejemplos, que “obligan” a creer como el papá...? Prefería dejar que sus propios interrogantes los trabajaran por dentro en vez de que se saturaran de la doctrina y de las respuestas ya hechas de los cristianos.

Pero, si me hubiera lanzado a hablar de mi fe en Dios con toda la delicadeza y respeto posibles, y de mi manera de tener creencias distintas de los dogmas ¿qué les hubiese dicho?

Hubiera tenido que hablarles, sin prisa y largamente, de lo que, a mi modo de ver, no es Dios. Para mí Dios no es, como lo dice el Antiguo Testamento tal como se suele entender en nuestra cultura, un Dios todopoderoso, juez, vengador, celoso, violento, intolerante, severo, discriminante, enemigo del placer, del cuerpo, del sexo y de la alegría, señor que exige un culto, que pide ser servido, alabado, adorado, preferido. Y también que tampoco es, como una interpretación literal del Nuevo Testamento lo enseña, un ser que modifica las leyes de la naturaleza de modo que se muevan las estrellas para indicar el nacimiento de su Hijo y que una mujer virgen dio a luz un niño con sólo la mitad del bagaje genético. Que tampoco hace que se abran los cielos para hablar como a través de un megáfono. Que no envió tres tentaciones a Jesús para probarle antes de su ministerio.

Mi Dios no es el que quiso darse a conocer permitiendo que Jesús de Nazaret curase a un puñado de sus contemporáneos en el espacio de tres años para luego dejar al resto de la humanidad que se apañara más bien mal, durante el resto del tiempo, allí y en otras partes del mundo. Tendría que haberles dicho que mi Dios no es el que previó desde la eternidad que el suplicio padecido por Jesús de Nazaret durante un día sería el acto necesario y definitivo que permitiese que la humanidad se salvara de la condena eterna de vivir separados de

Él. Mi Dios tampoco es el que devolvió la vida al cadáver de Jesús para luego hacerlo pasar a un estado glorioso en el que, durante un tiempo, apareció y luego desapareció sin que ninguno de estos estados tuviese credibilidad alguna.

¿Se puede enseñar un Dios tan alejado del que da a entender la doctrina cristiana establecida? ¿Sigue siendo éste, el mismo Dios? ¿Crear en Él supone algún cambio en la vida concreta de un creyente de fe? ¿Vale la pena?

Y sin embargo... Para algunos cristianos, entre los que me cuento, Jesús inauguró una nueva manera de ser hombre, una fidelidad interior que parece estimulada por y arraigada en la fe que el creyente tiene en él. ¿Cómo no dejarse arrastrar por Él, y atreverse a llegar a ser el ser singular que se espera de uno mismo? ¿Cómo no responder a su llamada y corresponder a lo que surge en uno mismo, siguiendo sus pasos, pese a los temores y las derrotas que nos llenan de dudas? ¿Cómo, gracias a su recorrido, no ser ayudado a llevar con honor y solidaridad el fracaso inevitable de aquello que es demasiado grande para ser alcanzado de veras?

¿Cómo no rechazar la fe en un Dios egocentrado y la pertenencia a un grupo religioso sin el ejemplo de su tenacidad en permanecer en su religión judía, que tan mal acogió la renovación que Él propuso? ¿Cómo vivir conjuntamente la interioridad y el compromiso sin devaluar ninguno de los dos sino apoyando el segundo en el primero, tal como hizo Jesús una y otra vez? ¿Cómo apropiarse de las desgracias personales y colectivas sin desfallecer, sin desesperar de uno mismo y del mundo, sino situándose al lado del crucificado que perdona a sus verdugos?

¿Cómo encontrar el sentido de la propia existencia y de un universo cuyas dimensiones y duración son propiamente inimaginables sin afirmar, como Jesús, que el hombre es misterio y artesano necesario de la plenitud de Dios, es decir del Dios que Jesús nos revela?

¿Cómo no reducir la fidelidad a sí mismo sustituyéndola por la estricta obediencia a unas reglas morales y la adhesión a unas “verdades”

eternas, si no es situándose al lado de Jesús para atreverse a creer en las llamadas personales y originales que continuamente uno escucha en el corazón de su historia personal?

¿Cómo aproximarse a la propia muerte, con su cortejo de disminuciones físicas y psicológicas, ese paso sin retorno hacia no se sabe dónde, si no es haciendo, como Jesús, la experiencia de una eternidad ya vislumbrada e iniciada aquí, antes del último suspiro?

¿Cómo reconocer la dignidad de ser humano en los seres atraídos incesantemente hacia el menos ser y la mediocridad, que tan poco logran y que tantas veces fracasan, si no es llegando a ser, como Jesús, hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas, más allá y pese a nuestras faltas e infidelidades?

¿Cómo no detenernos en nuestro camino de humanización, y contentarnos con avanzar al mismo paso y en la misma dirección que nuestro vecino, si no es creyendo, como Jesús, que el fuego que arde en nuestro interior y el Hálito que nos empuja hacia delante no son quimeras e ideales irracionales sino llamadas y fermentos que sostienen nuestra lenta ascensión?

Jesús, tú no eres el fundador de una nueva religión; no eres el Salvador de una humanidad perdida; no eres el que distribuye milagros que suplen nuestras incapacidades; no eres mi “amigo” del cielo que satisface el vacío de mi deseo de ser amado por lo que soy; no eres el vice-presidente de la Trinidad celeste.

Al verte, Pilatos parece ser que dijo: “¡He aquí el hombre!”. Tú eres el “Hombre” que es llamada y fermento de humanidad para aquellos que, como tú, se atreven a tomar su vida en serio y se adecuan, en la medida que pueden, al ser que espera dentro de ellos mismos.

Si me hubiese atrevido a dar testimonio, de forma explícita, de mi fe en Dios y de mi creencia en la manera de concebir su acción en el corazón de cada ser humano, siguiendo el camino abierto por Jesús, esto es lo que les hubiera dicho a mis hijos...